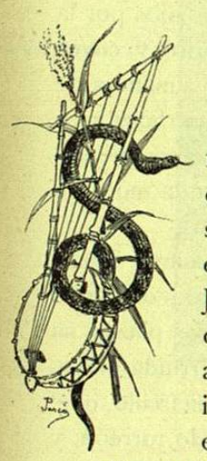
Jaca la rival peña de Uruel cuna de la monarquía, al norte los helados Pirineos que la apoyaron y protegieron su desarrollo, al ocaso los frondosos valles de Navarra que le dieron crecimiento y gloria, y al sur el reino aragonés hasta las fértiles llanuras de Zaragoza, que los libertadores devoraban, desde allí, con los ojos antes de reconquistarlas con las armas, presintiendo las pompas de la corte imperial en la rústica corte del desierto.

CAPÍTULO X

Castillo de Loarre



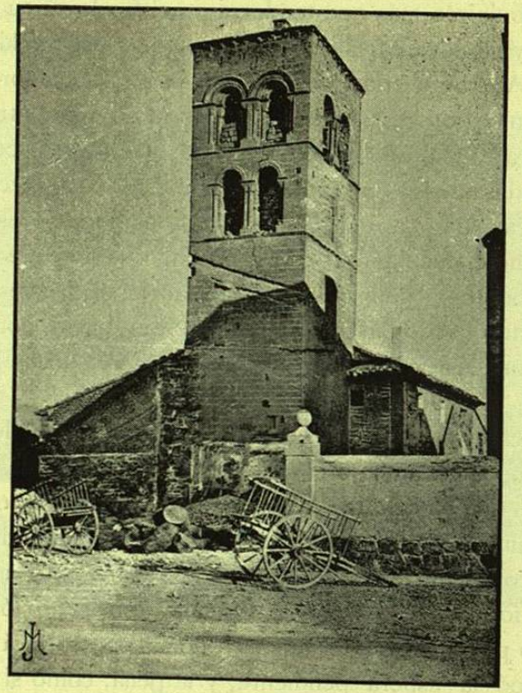
IGUIENDO por vía más recta y menos difícil de la que emprendieron aquellos belicosos jefes durante siglos en su marcha sobre Zaragoza, se traslada el viajero en poco más de dos jornadas desde San Juan de la Peña al centro y capital de Aragón, obligado á espigar trabajosamente dispersos acá y acullá en el itinerario los goces artísticos y poéticas impresiones que antes segaba cual ópima miés en el esclarecido monasterio. Al extremo de la bajada meridional, Botaya le ofrece en un arco exterior de su parroquia un relieve bizantino que representa á Jesucristo entre sus apóstoles y evangelistas con el lábaro á sus piés, y dos retablos góticos en el interior; Anzánigo junto á su puente de cinco arcos le descansa de las pedregosas cuestas que ha superado; y por medio de colinas tapizadas de matorrales el profundo Gállego le acompaña largo trecho hasta el barranco de la Foz, donde entre escarpadas breñas se precipita un torrente. Más adelante descuellan sobre vasto paisaje los famosos *mallos* de Riglos,

rojizos conos de arena y piedra, que remedan mazos ó martillos para el vulgo, gigantes para el poeta y monumentos célticos para el arqueólogo; y aun irá refiriéndoos el guía que al llover piedras sobre el pueblo que les da nombre, la Virgen del *Mallo*, un tiempo colocada dentro de un nicho de aquellos pedruscos, pára los golpes y preserva á sus devotos habitantes (1), cuando en la misma línea aparecen á mayor altura las ruinas del castillo de Marcuello. El que recuerda de cuánta importancia era desde el siglo XI aquel puesto avanzado, levantado por Sancho Ramírez al mismo tiempo que los de Loarre y Alquézar, no mirará sin respeto el único ángulo que resta en pié de la cuadrada torre arruinada en 1808, no menos que las formas bizantinas de la capilla adjunta y de la próxima ermita; y al tender los ojos por la inmensa llanura sobre la que avanza cual promontorio, y cuyos bajos montecillos encrespados en el primer término á manera de olas se convierten gradualmente á lo lejos en superficies más tersas y azuladas, compréndese el brío de los cristianos montañeses á vista de los indefensos llanos, y el terror de la morisma á vista de la amenazadora frontera.

Dos antiguas é importantes villas, Ayerbe y Loarre, guardan la entrada de los montes y sirven de mojón para dividirlos de la tierra baja. Ayerbe ostenta sus dos espaciosas plazas, su aislada torre de las horas y la bizantina de su derruída parroquia; sobre el cerro, á cuyo pié se extiende en semicírculo, quedan dos ermitas bizantinas y vestigios de un redondo torreón; y el palacio de sus marqueses y señores con los restos góticos de las ventanas, con los indicios del foso que le circuía, y con las almenadas torres que lo flanquean, recuerda un alcázar feudal en su más reciente tipo, acomodado ya en su patio interior al gusto del siglo XVI. Loarre, menos envanecida con sus glorias y

(1) Véase al P. Faci en su tan curiosa como poco crítica obra titulada *Reino de Cristo*, ó historia de las imágenes milagrosas del Salvador y de la Virgen en la provincia de Aragón.

etimología romana (1) que con la posesión del cuerpo de San Demetrio su amado protector (2), levanta al cielo el campanario



AYERBE.—TORRE DE SAN PEDRO

de su iglesia, cuyas numerosas y bien combinadas agujas son

(1) Dos Calagurris menciona Plinio existentes en su época, una de ciudadanos romanos con el sobrenombre de Nássica, otra de pueblos *estipendiarios* con el de Fibularia. Los anticuarios convienen en que la una es Calahorra sita en la Vasconia, y la otra en el territorio de los Ilergetes es Loarre, cuya etimología deriva al parecer de Calagurris. Pero cuál de las dos sea la población de ciudadanos romanos, es decir, la más esclarecida, controviértese largamente, decidiendo la cuestión las aficiones personales de cada cual ó las aventuradas conjeturas á falta de prueba alguna terminante.

(2) Entre los mártires del nombre de Demetrio el más célebre es el procónsul de Grecia bajo el imperio de Maximiano, alanceado por orden de éste en el cala-

creaciones póstumas, ó más bien felices imitaciones del estilo gótico. Perdidas de vista las montañas, hay que dar tregua por largo espacio á los encantos del arte y de la naturaleza: ya no le resta al viajero más que tenderse en el fondo de su incómodo carruaje; y sin levantar la cabeza más que para saludar á dos horas de Ayerbe el triangular castillo de Artasona fortalecido á cada ángulo por redondos torreones (1), y para atravesar en barca el ya caudaloso Gállego junto á Zuera, villa célebre por sus agitadas cortes en el reinado de Pedro III y vendida por Pedro IV á Zaragoza, surcará durante más de diez y siete horas aquellas increíbles llanuras sin árbol ni caserío, que tienen del mar la monotonía y no la hermosura, hasta que presienta muy de antemano la proximidad de la corte aragonesa por las frondosas alamedas y por los altísimos minaretes que asoman al horizonte.

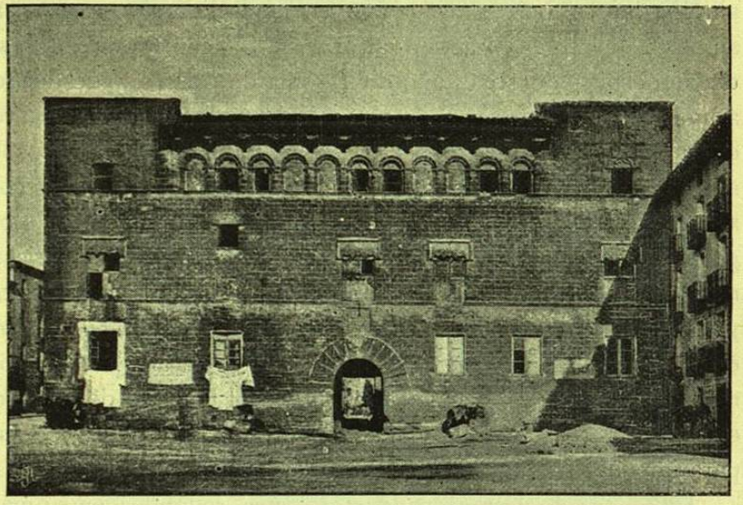
Si la carestía absoluta de nuevas impresiones le lleva entonces á recogerse dentro de sí y á alimentarse de las que se le agolparon antes en sobrado número para gozarlas y exprimirlas debidamente, una predominará sobre todas, pintándose en su fantasía con los mágicos colores de la visión, con las flotantes y aéreas formas de los sueños. Encima de Loarre vió un monte coronado por una de esas tajadas moles parecidas á una fortaleza: trepó la áspera pendiente, y la peña, como si se abriera

bozo. Habiendo su amigo Néstor, en nombre del Dios de Demetrio, vencido en el circo á un vándalo agigantado llamado Lico, favorito del emperador, revolvió Maximiano su saña contra los dos amigos inmolándolos á entrambos. El cuerpo de Demetrio fué objeto de entusiasta culto en Oriente; y sin saber cómo, lo hallamos trasladado á la villa de Loarre antes del siglo XIV, ignorándose si vino de Italia ó Francia, ó si traído á España en tiempo de los godos, fué salvado como tantas otras reliquias en las montañas de Jaca, y regalado luégo por Sancho Ramírez á la iglesia de San Pedro de Loarre. La tradición y las lecciones de los breviarios más antiguos afirman que el mártir de Loarre no es otro que el santo procónsul.

(1) La única noticia histórica que tenemos de este castillo, cuya construcción no presenta grande antigüedad, es el sitio que sufrió en 1470 durante los bandos de su señor D. Juan de Gurrea con D. Lope de Gurrea y los Urríes. Los franceses arruinaron últimamente parte de su interior, no dejando sino un patio con columnas y una cisterna.

por encanto, le ofreció de repente un castillo más embelesador que los fabricados por obra de los genios.

La naturaleza desafiaba los siglos desde lo alto de su inmóvil pedestal; los puntiagudos peñascos eran la diadema de su calva frente y las almenas de su no domada independencia. Vino



AYERBE.—CASA DE LOS MARQUESES DE AYERBE

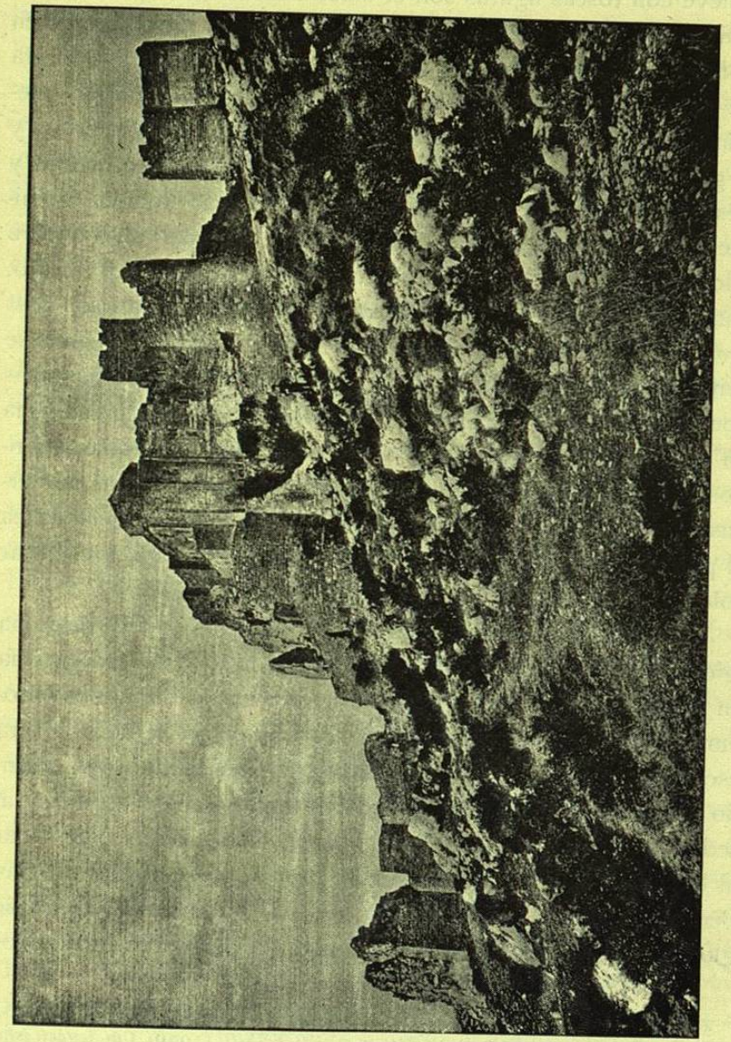
el arte, y le dijo: «yo te adornaré y te fortaleceré;» y se incrustó, digámoslo así, en la roca, y creció cual yedra asido á ella, y la domesticó como á fiero corcel encaramándosele encima; y de las peñas, unas terraplenó, otras encerró en la oscuridad, otras hizo servir de humilde estribo á su obra; y al pedernal contrapuso no menos fuertes sillares, á las rústicas hendiduras elegantes ventanas, á los angulares picos almenados torreones.

Cómo y en qué tiempos principió esta lucha, lo ignoramos: acaso el celta plantó allí sus ciclópeas atalayas y sus rudos mausoleos, ó el romano su castillo para defensa de la Calagurris Ilergete; acaso el árabe heredó del godo la torre donde, según

una tradición de todo punto inverosímil, castigó la perfidia que le había valido un imperio, y entregó al conde D. Julián á los remordimientos y á la desesperación en la soledad de aquel encierro. De éstas dominaciones no queda más rastro en el territorio que algunas monedas para el anticuario, y para el pueblo maravillosas consejas de riquezas enormes y de reyes moros allí sepultados: pero el artista no ve en la homogénea fábrica actual (1) sino el bizantino alcázar de Sancho Ramírez, construído después de 1070, año de la toma de Loarre, y destinado á monasterio al par que á mansión real, conforme la costumbre del piadoso monarca. Por esto sobre los macizos y belicosos muros resalta el ábside sacerdotal sostenido por altísimas columnitas, y dividido horizontalmente por cornisas de tablero; por esto sus dos filas de semicirculares ventanas con cilíndricas molduras y labrados capiteles brillan entre los variados ajimeces y las numerosas aspilleras irregularmente distribuídas; por esto entre las cuadradas torres de los ángulos y la altísima del homenaje se eleva la ochavada cúpula, cual ministro del Eterno entre guerreros, sea para animarles al combate por la fe, sea para imponer tregua á sus intestinas luchas.

Una cerca de desmoronados torreones, redondos en su mayor parte, rodea el castillo y la cúspide del monte á manera de collar de engarzados camafeos, descendiendo amorosamente hacia el lado de la subida como sobre el pecho de una virgen. Dos de ellos guardan la entrada del recinto; y otro cuadrado por fuera y octógono en su interior permanece aislado frente á la puerta, al pié del ábside gigantesco que, abarcando tres capillas sobrepuestas una á otra, tiene por aquel lado la elevación

(1) Blancas pretende haber reconocido en este castillo muchos vestigios romanos, y á su opinión se inclina el P. Ramón de Huesca suponiendo que las obras no son todas de una mano ni de un tiempo, y que «se pueden distinguir las que presentan en su sencillez y elegancia el gusto de la arquitectura romana, de las añadidas por D. Sancho Ramírez á fines del siglo XI que están al estilo gótico.» La falta de conocimiento del género bizantino, único que reina en aquella construcción, pudo inducir en semejante error á escritores por otra parte tan ilustrados.



HUESCA

CASTILLO DE LOARRE

de una catedral. Un ventanillo de dos arcos en herradura y un relieve con toscas figuras son el único adorno de la puerta; encima se ha anidado una mezquina construcción reciente, que en el interior ejerció aún mayores estragos, truncando á la altura de las columnas el grandioso arco de la escalera. De él no quedan patentes sino los hermosos capiteles de sus dos columnas y la gastada lápida de Tulgas muerto en 1096 (1); pero ocultas y desfiguradas por los vandálicos tabiques causan todavía admiración las proporciones y molduras de su arco, cuyo testero adornaban varias figuras de relieve ahora partidas por medio, entre ellas la del Salvador designada por estas palabras: *fons ego sum vitæ*. Aflige el observar de cuánta belleza y realce se privó así á la espaciosa y recta escalera, cuyas gradas gastadas apenas por las generaciones de siete siglos, avanzando cada una en sus dos extremos hasta el borde de la inferior, forman á ambos lados dos márgenes más elevadas semejantes á las modernas aceras. Cobijada por alta y ennegrecida bóveda, melancólica al par que imponente, parece sólo construída para presenciar solemnes y triunfales entradas ó dolorosas despedidas.

Á la mitad de la escalera y á su derecha encuéntrase una iglesia semi-ovalada, de baja pero torneada bóveda, y adornada en derredor á semejanza de galería por arcos bizantinos y columnas de labrados capiteles; una cornisa enlaza á éstos, y otra esculpida en forma de tablero corre por cima de los arcos. Cuando el pueblo de Loarre se agrupaba tímido en la aspereza al rededor del castillo, antes que la paz le diera ánimo para bajar al llano, servíale de parroquia esta capilla; y el nombre de San Pedro que ahora lleva, tan famoso en los documentos del siglo XI como residencia de los canónigos reglares que á los pocos

(1) Léese en ella esta inscripción: In Dei nomine. *Hic requiescit famulus Dei Tulgas qui obiit pridie Kals. Decembris in era MCXXXIIII* (1096) *Qui legerit istas literas oret pacem...* Y en la línea de abajo parece decir: *fecit in... Esemina.* Ignoramos si el nombre godo de Tulgas es el de algún barón allí fenecido, ó de algún piadoso sacerdote ó tal vez canónigo reglar de los que por algún tiempo hubo establecidos en el castillo.

años de establecidos fueron agregados á los de Montearagón, no dudamos que se aplicaba entonces á la superior llamada en la actualidad de Santa María de Valverde. En lo alto de la escalera un pasillo descubierto formado por las peñas introduce á este segundo templo, cuyos primores anuncian ya bellos capiteles de follaje en el arco de su puerta: pero una vez dentro, divagan los ojos no sabiendo en qué punto fijarse con preferencia. Ora contemplan la alta y esbelta nave apoyada sobre grandes arcos laterales; ora, siguiendo la dirección de las ligerísimas columnas, se elevan á la espaciosa cúpula sostenida por cuatro pechinas; ora se complacen en los detalles de las dos rasgadas ventanas abiertas encima de la cornisa ó de las tres del muro de la derecha que inundan de luz el recinto. Al pié del ábside semicircular resalta en torno una lindísima galería de pequeños arcos, cuyas columnas basadas sobre un bajo zócalo y distribuídas de una en una, ofrecen el más rico y variado tipo de bizantinos capiteles en sus entrelazados cordones, en sus graciosos follajes, en sus caprichosas figuras de hombres y animales, rivalizando en ellos la ejecución con la inventiva. Sobre la cornisa que corona estos arcos descansan ventanas de más ancha abertura y separadas por mayor espacio, ahora desgraciadamente tapiadas; y con todo aun así, pintorreado con detestables frescos y oculto en parte por un altar barroco, luce aquel ábside entre los primeros por su majestad y gallardía.

Contemplada ya la perla del arte bizantino doblemente guardada por muros y peñascos, bien puedes, oh artista, lanzarte sin dirección por el laberinto de oscuros pasadizos, de ruinosas escaleras, de terraplenes obstruídos de malezas, y á cada paso admirar una perspectiva, en cada pieza imaginarte una historia. Rey de aquellos escombros, ningún oficioso sirviente, ninguna ferrada puerta detendrá tu incierto rumbo: brotan las ortigas en los antes bruñidos pavimentos, los descarnados muros dejan asomar á trechos la oculta roca, festones de yerba y guirnaldas de amarillas flores reemplazan las colgaduras: permanecen arcos

sin bóveda que sostener, ventanas sin estancia que alumbrar, y cuya elegante forma destaca desde afuera sobre el claro firmamento. Nunca se presentó tan risueña la destrucción, tan animada la soledad, tan brillante la última llamarada de una luz que se extingue, tan unida al último suspiro del arte la inefable sonrisa de la naturaleza.

Los anales de aquel edificio transmitidos casi en blanco á la posteridad no dejan sino mayor espacio á las invenciones y leyendas: habítanlo las creaciones de la fantasía á falta de históricos personajes; y más que de monumento enlazado á peculiares recuerdos, puede servir de tipo genérico de los alcázares del feudalismo. Allá un tortuoso pasillo alumbrado por profundas aspilleras te conducirá desde la escalera principal á un patio, donde brotada de entre las peñas veas cimbrearse una airosa torre con tres ajimeces á un lado; y en frente un abovedado salón al través del doble arco de sus dos ventanas bizantinas te ofrecerá á vista de pájaro un delicioso paisaje. Desde allí sube, según te plazca, á la plataforma que lo corona, ó sigue por entre paredones y arcos medio enterrados hasta el pié de la cuadrilonga torre del homenaje, asentada como un segundo castillo sobre el otro ya tan elevado. Los arranques de las bóvedas y las tapiadas ventanas te indican por todas partes numerosas habitaciones, unas fundadas sobre la misma roca aunque á considerable altura, otras sostenidas por arcos, otras por fin inaccesibles y aisladas entre ruinas, hundidas bajo los escombros, ú ocultas en los subterráneos. En el ángulo occidental una cisterna artificialmente suspendida proveía de agua las estancias superiores; una reducida pero robusta capilla de ábside semicircular servía quizá de oratorio particular á sus habitantes; y en la contigua sala llamada *de la reina*, no tanto por tradición alguna como por la suntuosidad que revelan sus destrozados muros, se solazaban las damas, ó suspiraban el regreso del esposo desde la espaciosa ventana de bizantinos capiteles partida en aquellos tiempos por graciosa columnita.

Al nivel casi de este bello mirador se elevan por afuera las peñas cual encrespadas olas próximas á tragar la sobrepuesta fábrica; por otros lados parecen bullir inquietas aguardando su hora; por alguno se las ve aún comprimidas bajo el peso del sólido muro. Las hay que aisladas dentro del recinto semejan funerales obeliscos, y de noche blancos fantasmas envueltos en rozagantes pliegues; las hay que se gozan en confundirse con los desmoronados torreones, y en verlos ya convertidos en una mole poco menos informe que la suya. Llegó á la naturaleza su vez de triunfar de las humanas construcciones; y la amarillenta y florida yedra con que las envuelve, se trueca en laurel propio y en ciprés para su rival. Con su paciente inmovilidad insulta el peñasco la caducidad del edificio y se emancipa gradualmente, hasta el día en que, auxiliado por el tiempo, sacuda lejos de sí la vieja cáscara, y recobre su ruda desnudez, desvaneciéndose cual encantada visión el castillo de Loarre, fugitivo ay! á par de las glorias del mortal y de los encantos de la tierra.